

## La medicina del amor<sup>1</sup>.

Alberto Gómez Aristizábal, M.D.<sup>2</sup>

Si uno va a hablar de Ramiro Guerrero, con conocimiento de causa, pues fui uno de sus discípulos durante 15 años, termina hablando, necesariamente, de la Vocación Médica Positiva, para diferenciarla de las Vocaciones Negativas que aparecen en quienes, por diferentes causas, ingresan a una Facultad de Medicina con el fin de obtener un título universitario sin estar por entero conscientes del inmenso significado de esta investidura.

Cuando la vocación es real y es substancia del alma, aparece, como denominamos al doctor Ramiro, el Médico-Médico. No simplemente el técnico.

Hay mucha diferencia entre un científico que hunde botones de máquinas sofisticadas y, naturalmente, útiles y aquel que, aun valiéndose de esos instrumentos, no olvida que el paciente es un personaje de la novela real, con consciente y subconsciente, con distintos niveles de cultura, con diversos umbrales de sensibilidad, que está sembrado en el alma colectiva de la comunidad pero como un universo diferente al que debemos interrogar, auscultar y entender.

Sencillas y sabias eran las palabras del doctor Guerrero al pie de los lechos del hospital; eran las sentencias de los maestros de la medicina:

- "En medicina lo más común es lo más común".
- "No existen enfermedades sino enfermos".
- "No hospitalicen cifras tensionales, hospitalicen enfermos".
- "Quien sólo medicina sabe ni siquiera medicina sabe".

Mucha vitalidad ha debido existir en una personalidad médica que sigue viviendo más allá de la tumba terrena, que no se ha arrinconado en el recuerdo y que diariamente es revivido por

quienes lo conocimos y admiramos como maestro y como colega o por aquellos que fueron sus pacientes.

Con sorna algunos, afortunadamente pocos, se referían a la manera de actuar el doctor Guerrero frente a sus enfermos, como la Medicina del Amor. No se daban cuenta que estaban calificando su proceder con los términos precisos. Esa era su medicina y así lo pregonaba.

Es que si vive en las novelas afortunadas un personaje de cartón, un ente imaginario, un biografiado de inventiva, si lo sentimos real en la medida de la grandeza del autor del libro, ¿cómo no vamos a conocer la realidad de un hombre a quien entrevistamos y que no miente su voz entrecortada, ni finge una disnea que es real, y esas vísceras que palpamos son entrañas vivas, cómo no vamos a entender un drama que no es imaginación?

Y si en el médico se ha aliado el humanista y el clínico el que sale ganando es el paciente y la enfermedad se siente descubierta, avergonzada y sentenciada.

Reconfortado queda el espíritu de nuestra profesión al saber que hoy, en su fecha clásica por excelencia, se ha elegido al doctor Francisco Falabella para otorgarle una distinción que él sabe todo el valor intrínseco que encierra; no es sólo la perpetuación del nombre del doctor Ramiro Guerrero sino la exaltación de los médicos que han creído en su profesión y que la han respetado como un oficio que exige sacrificios y otorga satisfacciones.

El doctor Falabella ha estado al pie de la labor docente, ha incursionado en la labor editorial de la difusión médica y ha sabido tratar con dignidad a sus pacientes.

¿Qué mayores merecimientos se necesitan para recibir tan noble distinción?

Ayer, nada menos, expresaba un nuevo compañero de Medicina Interna en los Seguros Sociales, especialista de las nuevas promociones, que estudió en la Universidad del Valle, la satisfacción entre los médicos que han sido alumnos del

1. Palabras pronunciadas el 3 de diciembre de 1986, con ocasión de la adjudicación del premio "Ramiro Guerrero Torres".  
2. Profesor Auxiliar, Departamento de Ciencias Clínicas, Sección de Medicina Interna, Facultad de Medicina, Universidad Libre, Seccional Cali, Colombia.



doctor Falabella por el homenaje que ahora se le tributa, y textualmente, decía el doctor Alvaro Henao "el doctor Francisco Falabella es ese prototipo de profesor que todos llevamos en el recuerdo".

Este concepto de sus alumnos es otra explícita y perenne condecoración llena de lealtades.

Doctor Falabella, así como el doctor Ramiro Guerrero acariciaba las rosas que cultivaba en la casona campestre de reminiscencias españolas, así, y usted lo sabe muy bien, acariciaba las frentes adoloridas, con la diferencia que las primeras entregaban su fragancia y su tersura y las segundas sudaban su desesperanza. Esa doble caricia vivía eternamente en él porque era poeta y era médico y así vio la vida, y así la entendió y, lo principal, así nos la hizo entender.

Una vez, dialogando con él, entendimos que cada hombre es un comediante que debe interpretar el papel que le ordena la vida, y que la sociedad le da unas circunstancias y lo rodea de otros comediantes, le entrega el dolor y le da también alternativas de felicidad y que si el hombre no interpreta bien su papel o las circunstancias le dan la espalda, entonces aparece la enfermedad.

Cómo estaría Ramiro Guerrero investido de su carnadura médica que, como lo relaté en el periódico de la Asociación Médica, tuvimos que convencerlo para que no nos dictara una conferencia, casi póstuma, en donde él sería el expositor y el paciente. Nos iba a mostrar su enfermedad como un caso vivo relatado por el mismo paciente que ya veía en los rincones de su ciudad cómo se acercaba la sombra inexorable. Y esto no nos lo propuso con angustia, ni como un capítulo melodramático, no... casi diría que lo deseaba con entusiasmo clínico.

Como fruto de esas conversaciones escribí un artículo que él leyó con deleite en una sesión clínica del Hospital de San Juan de Dios, y que titulé con esa definición que me dio: *El paciente como comediante derrotado*.

Algunos años después lo publiqué y al leerlo, ahora, voy a sentir que está cerca de nosotros la persona a quien estuvo dedicado y ustedes van a ver que no son frases, ni metáforas soñadoras, sino que es tan real la historia patológica del hombre que parece inventada, parece irreal, como un temario de sonámbulos o de realismos mágicos. Pero son los términos de los libros científicos y aquí sí nos damos cuenta que no existen enfermedades sino enfermos.

"Hoy nuestro personaje es el paciente. Siempre lo ha sido. Cuando el hombre se coloca la máscara circunstancial de la enfermedad ya es un personaje de teatro clásico. La tienda del cerebelo adquiere su nombre solemne de tentorium. Empieza el hombre, ahora actuando como paciente, a mostrarnos sus delirios, sus ilusiones, sus alucinaciones y su estupor.

Muchos libretos trágicos acuden a conformar su personalidad nueva: la respiración atáxica; un ojo estará más arriba para escenificar la mirada escorada. Las orinas se colorean y se ponen de tono naranja.

Ese enfermo suele ser impaciente y puede ir a tocar a varias puertas que muchas veces se le van cerrando. Aquí no es, es allá. Vaya a la otra ventanilla. En el hospital de allá arriba. Váyase para Cali. ¿Por qué no se va para Bogotá? ¿No tiene quien lo envíe a USA?

Son personajes diferentes y a la vez similares. Con nombres de protagonistas interesantes: el comatoso, el cerebeloso, el cirrótico, el traumatizado, el tetánico, el enfisematoso. Y poseen cualidades de delirio: la belleza tísica, el infarto pálido y el infarto rojo, la mano en garra, el pie caído, la facies de heliotropo de la dermatomiositis!

Al enfermarse el hombre se acerca a sus antepasados, aparece la mano de mico, es la mano simiana. La marcha es taloneante. En la hidrocefalia normotensa la marcha es apráxica o magnética. En ocasiones llegan a urgencias, sobre todo mujeres jóvenes de mirada de telenovela, con sus marchas histéricas o con el estado crepuscular de las ausencias de la epilepsia.

Son episodios de la vida que el hombre fue calificando con una extraña poesía: la apnea del sueño, la enfermedad del séptimo día, la tormenta hipertiroidea, la demencia límbica. Los hipotiroideos severos, cuando producen cuadros delirantes, se les rotula la locura mixedematosa o los pacientes con diálisis crónica cuando obtienen la encefalopatía iatrogénica están padeciendo la demencia por diálisis. Esa es la poesía descriptiva de la medicina...

En los ancianos es ya la tragedia griega cristalizada. Es el foro patológico de la ancianidad: el aislamiento sensorial de los ancianos, la melodía cinética. El parkinsoniano representa su doloroso papel de aislamiento, de facies inmovible, de extraña serenidad. A su cara le decimos facies de máscara, por lo inexpresiva. En realidad está permanentemente llorando por dentro, angustiado a pesar de la rigidez de su maquillaje parkinsoniano; tiene "el temblor de jugar con migajas", tiene el temblor de reposo, mientras el cerebeloso tiene el temblor de intención. Recordemos a los atáxicos frontales con sus marchas magnéticas.

Los órganos son igualmente solemnes y descriptivos: la mitral es como una válvula arzobispal de elevados designios; la hoz del cerebro, el foramen magnum, la formación reticular.

Hay un síndrome que parece nacido ahora, por ahí por una callejuela atravesada de una ciudad colombiana: el síndrome del robo de la subclavia.

Me atrae mucho la cisterna magna y me preocupa la rigidez en rueda dentada. O esa "anxietas tibiaram" como un alarido romano que presentan algunos diabéticos en su síndrome de las piernas inquietas. Vive el amor en el monte de Venus.

La extensión de la medicina, levadura que crece cada mañana en forma vertiginosa, nos debe hacer pensar en nuestras limitaciones, en nuestros pacientes como tragedias vivas, en la humildad de nuestras actuaciones y en asuntos tan grandes, tan tristes, tan episódicos, tan conmovedores, como la apnea de los troncos cerebrales lesionados que nos entregan al paciente con el síndrome de la maldición de Ondina.